



## CAPÍTULO XI

### El venerable Párroco de Ars en el tribunal de la Penitencia.

**M**UCHOS títulos tenía el Párroco de Ars, que le hacían digno de la veneración de sus contemporáneos y de un lugar en la historia; pero el que resalta sobre todos es el de confesor. Los peregrinos que llegaban á Ars de las cuatro partes del mundo venían para tratar sus negocios con el santo sacerdote en el confesonario, que es donde ha pasado su trabajosa vida. De las dieciocho ó veinte horas que componían su día laborable, sólo tomaba el tiempo preciso para orar, celebrar, rezar el Oficio divino y hacer su frugal comida. Dieciséis horas de confesonario pueden sobrellevarse un día con gran fatiga; pero ¿á quién no asusta la idea de continuar tan penosa tarea el día después, y el otro, y siempre; no ya por semanas y meses, sino por treinta años, ó por toda la vida? Esto no se comprende humanamente, y menos que saliese del confesonario sin fatiga, sin dolor de cabeza, y con sus facultades en disposición de continuar trabajando en sus Catecismos y homilias.

Cuando el siervo de Dios terminaba el trabajo,

á las nueve de la noche en verano y á las siete en invierno, la multitud de mujeres que no habían confesado se aglomeraban en el pórtico de la iglesia frente á la casa rectoral, y allí esperaban, guardando cada una su puesto con afanosa solicitud, hasta que se abrían las puertas, á las doce de la noche comunmente, otras veces á la una, y lo más tarde á las dos de la mañana. Otras muchas personas se levantaban de noche, después de un corto sueño, y se colocaban á la puerta de la casa rectoral para dirigir una sola palabra al santo Párroco, quien solía contestar al paso y sin detenerse.

Mucho trabajo le costaba á veces entrar en la iglesia, donde la multitud se aglomeraba tumultuosamente y con una impetuosidad que revelaba el deseo que todos tenían de ocupar los primeros puestos alrededor del confesonario. Era una especie de torbellino, en medio del cual se hacía difícil á los encargados de la policía restablecer el orden; y tan grande era el tumulto á veces, que había caídas, episodios cómicos y una confusión indescriptible, que no cesaba hasta el momento en que aparecía el santo Párroco.

Para que todos pudiesen conservar su puesto, fué preciso hacer que las mujeres entrasen una á una por cierta valla de hierro, que reemplazaba á un ingenioso y célebre mecanismo moderno; y para entrar en la capilla de San Juan Bautista se adoptó el mismo sistema, sin lo cual no hubiera sido posible conservar el orden. Esto no obstante, había genios discólos y personas sin educación que atropellaban por todo, y eran causa de murmullos, quejas y protestas enérgicas, que alguna vez llegaron á vías de



hecho y obligaron al santo sacerdote á salir del confesonario, volviendo á él tan pronto como cesaba el tumulto.

Mr. Vianney salía del confesonario á las seis ó siete de la mañana, según la estación, para decir Misa. La gente que se agolpaba alrededor de él era tanta, que le impedía el paso; siendo necesario abrirle camino y preservarle de los atropellos de ciertas personas que le tiraban del brazo, de su roquete ó de la sotana. ¡Cuántas veces fué preciso sostenerle para que no cayese! ¡Cuántas veces fué violentamente empujado, y cuántas fueron rasgados sus vestidos, sin quejarse jamás! Llegaba con trabajo al altar mayor, se arrodillaba y permanecía inmóvil, extasiado en presencia de Jesús, cual si le viese con sus propios ojos. Casi siempre tenía un hombre á su lado para contener á la multitud. Revestíase en seguida para celebrar, mientras que los asistentes se disputaban la dicha de ayudarle á Misa. Muchas veces este privilegio era concedido á célebres personajes, y aun solicitado por algunos sacerdotes.

Después de Misa bendecía los objetos de piedad que le presentaban; luego iba á casa—esto en los últimos años de su vida, y obligado por la obediencia—para tomar un poco de leche, que era su desayuno. En seguida volvía á la iglesia, y confesaba cuarenta ó cincuenta hombres que le esperaban en el coro desde la mañana. A las diez suspendía su trabajo, entraba en la sacristía, y rezaba de rodillas sus Horas. Terminado el rezo, pasaba á la piececita que está bajo el campanario, á la derecha, para confesar á los enfermos y á los que no podían continuar

en Ars. No se puede imaginar cómo entonces la multitud se agolpaba á la puerta, y mucha fuerza era necesaria para poner en franquía al santo varón, é impedir la invasión de la antigua sacristía. A menudo se triunfaba de la firmeza y autoridad de los guardas, impotentes para contener á la muchedumbre.

A las once hacía la explicación del Catecismo, y, al concluir, se veía cercado y estrechado por todas partes como nunca. Le llamaban, le tiraban de los vestidos, le obligaban á recibir cartas, dinero y objetos preciosos. Le pedían su bendición, una medalla, un rosario, una imagen, un recuerdo cualquiera. Las madres le presentaban sus niños para que los bendijera, los enfermos se arrodillaban delante de él y le impedían el paso. Los que no podían aproximarse, hacían ademanes suplicantes. Era difícil pasar á través de aquella muralla de carne humana; y casi siempre se necesitaban dos hombres para contener y regularizar el movimiento de tanta gente.

Volvía el Beato á su casa para tomar la frugal comida, atravesando las filas de la multitud, que se hacía más compacta en proporción que avanzaba. Alguna vez burlaba la expectación de los peregrinos, saliendo sin ser notado para visitar un enfermo, ó irse á su casa por diferente camino. Mientras el santo Párroco comía, una multitud impaciente le esperaba, guardando todas las puertas; y cuando, á la una menos cuarto, salía para ir á la *Providencia*, mansión de sus Misioneros, á fin de tratar asuntos interesantes á la parroquia y á los peregrinos, se lanzaba á su encuentro, le cercaba y detenía en el camino.

La visita que hacía á los Misioneros era sólo de



algunos minutos; jamás se sentaba, porque allí mismo se veía cercado de peregrinos y del personal de la casa. Cuando volvía á la iglesia, hallaba las dos líneas ó muros vivientes, que se habían reforzado durante su ausencia. En estos momentos principalmente era necesario hacer uso de la fuerza, para evitar el tumulto y facilitar la entrada del señor Vianney entre el murmullo de unos y las violencias de otros. Rezaba en seguida Vísperas de rodillas, según costumbre, y volvía á su confesonario hasta la hora de la oración de la noche.

La mayor parte de los que venían á Ars hacían confesión general, á cuyo rudo trabajo se prestaba con gusto el venerable Vianney, porque sabía bien que era el mejor medio de arrancar almas al infierno y evitar sacrilegios. Tal vez haya sido éste el resultado más consolador de la peregrinación. Muchas veces se ha comparado la iglesia á un hospital, y verdaderamente Ars era un gran hospital de almas. Todas las enfermedades, todas las llagas morales, todas las formas de la casuística se presentaban allí, como en un gabinete de Anatomía se muestran los miembros humanos con sus enfermedades y lesiones diversas. Efecto de la sublime santidad del siervo de Dios, los pecadores se sentían atraídos hacia él, como á pesar suyo, y todos recibían de su contacto bendito alguna de esas felices heridas que no cicatrizan jamás.

Pudiera suponerse que los continuos y absorbentes trabajos del santo Párroco no le permitían atender á cada alma en particular; pero no era así. Todos los penitentes eran para él objeto de especial solicitud. En medio de tan ímprobo trabajo, oía al peni-

tente que estaba á sus pies, como si ninguna otra cosa tuviese que hacer. Verdad es que se detenía poco con cada uno, porque quería consolar á todos, y prefería verlos con más frecuencia. Sus palabras iban siempre acompañadas de la gracia; conocía la parte del corazón sobre la cual debía dar el golpe, y ordinariamente daba muy bien en el blanco. Hay hombres á quienes Dios concede, aun en esta vida, cierta intuición de las cosas divinas, que imprime á su voz un acento sobrenatural y un ascendiente irresistible. Podía decirse del señor Vianney lo que el Espíritu Santo dijo del Profeta Elías, á saber: *Que su palabra era de fuego, y quemaba con una tea encendida; ó que era como martillo que quebranta la piedra* (Eclesiástico, XLVIII; Jeremías, XXIII, 29.) El venerable Párroco conseguía con una sola palabra lo que no alcanzaban otros con largos discursos; porque sus palabras estaban tan llenas de gracia y unción, que penetraban hasta el fondo del alma, y dejaban en ella un rayo de luz inextinguible.

«Por el pecado, decía continuamente, despreciamos á Dios y le crucificamos. ¡Qué desgracia es perder las almas que han costado toda la sangre de un Dios...! Dime, amigo mío: ¿qué mal te ha hecho Jesús para tratarlo de esa suerte? ¡i los pobres condenados pudiesen volver á la tierra...! Si se hallasen en nuestro lugar, ¡cómo servirían á Dios! ¡Oh y qué ingratos somos! ¡Dios nos llama para hacernos felices, y nosotros huimos de Él! ¡Quiere darnos parte en su gloria, y la despreciamos! ¡Nos manda amarle, y entregamos nuestro corazón al demonio! ¡Qué lástima! ¡Empleamos para perdernos el tiempo que nos ha dado para salvarnos! ¡Le hacemos la



«guerra con los mismos medios que nos ha dado para servirle!

«Cuando ofendemos á Dios, si mirásemos á un Crucifijo, oiríamos que Nuestro Señor nos decía en el fondo del alma: «¿También tú quieres formar al lado de mis enemigos? ¿Quieres crucificarme de nuevo? Mira atentamente cómo pendo de tres clavos en este afrentoso madero; esta es obra de tus manos. ¡He ahí lo que me ha costado reparar la injuria que tus pecados han hecho á Dios! Un Dios que baja á la tierra para ser víctima de nuestros pecados; un Dios que sufre todos los tormentos posibles por librarte del infierno; un Dios que muere entre dos ladrones por darte la eterna vida, ¿no te mueve á compasión? Contempla el misterio de la Cruz: ¿no ves en ese espectáculo aterrador la malicia del pecado y el odio que Dios le tiene? Reconócete, y procura reformar tu vida.»

«¡Qué compasión! Dios te dirá á la hora de la muerte: ¿Por qué me has ofendido, habiéndote Yo amado con eterno amor? ¡Oh, hijo mío! ¿Cómo te atreves á ofender á Dios, que tanto bien te ha hecho? ¿Y qué ventaja sacas con servir y dar gusto al diablo, que únicamente puede hacerte mal? ¡Qué locura!»

Estas palabras, salidas del fondo de su corazón y pronunciadas con una voz ahogada en lágrimas, quebrantaban la dureza de los corazones más obstinados y rebeldes. Cuando, después de la acusación de sus faltas, decía el pecador: «No tengo más que eso.— ¡Qué! exclamaba el santo Párroco: ¿no tenéis más que eso? ¿Y es poco? ¿Quisierais tener aún más?»

No pocas veces venía el Señor en auxilio de la

elocuencia de su ministro, por medio de algún signo extraordinario, para que la gracia triunfase de la resistencia del pecador, obligándole á echarse en brazos de la Divina Misericordia. Un día que cierto pecador obstinado se resistía á las tiernas súplicas, á las palabras de fuego y á las lágrimas del siervo de Dios; súbitamente cayó aquél de rodillas á sus pies, ahogado en llanto y prometiendo su conversión á Dios; y era que el pecador endurecido había visto la cabeza del santo Párroco rodeada de una aureola luminosa, y no le fué posible resistir á ese signo divino.

El Párroco de Ars era bueno para todos, y sus condescendencias con los pobres pecadores eran superiores á todo encarecimiento; mas su bondad universal revestía un carácter más tierno para con las personas consagradas á Dios por el voto de castidad y por la profesión de las virtudes evangélicas. En ellas reconocía el huésped de las regiones en que su alma habitaba. Las recibía con gran efusión, como un amigo recibe á su mejor amigo. En esa tierna acogida había algo más que benevolencia: se revelaba la presión de alegría que brota espontáneamente del corazón, á la vista de una persona tiernamente amada.

Los que tenían necesidad de un guía para subir á las alturas de Dios, venían á Ars con frecuencia. ¿Y quién mejor que el santo Párroco podía guiarlos en esos caminos llenos de escollos y peligros? Se sabía que era del país, y práctico en el terreno. Semejante á los montañeses de los Alpes, que acompañan al viajero á través de sus escarpadas cimas, y que, descubriéndole un inmenso horizonte, no por eso se envanecen ni se atribuyen gloria alguna, el Párroco de



Ars guiaba hacia Dios á toda alma que le pedía dirección, y, olvidándose de sí mismo, no pensaba más que en la felicidad ajena.

Todas las dolencias del alma que se confiaban al santo Párroco en el secreto del confesonario; las debilidades que necesitaban fuerza, las inquietudes que buscaban paz, las dudas que solicitaban fe, y los esfuerzos para triunfar de los vicios, hallaban el lenguaje que les convenía, y el inspirado confesor cambiaba de tono según las necesidades de las almas. Pero lo más admirable está en que sus consejos se acomodaban perfectamente á las más secretas debilidades de cuantos se dirigían á él por vez primera.

Lo que hacía á nuestro santo esa misión tan fácil, era el haber recibido en grado muy eminente el discernimiento de los espíritus. Leía claramente en el corazón de los penitentes, y descubría sus faltas ocultas en los últimos pliegues de la conciencia. Manifestó á muchos los pecados que ocultaban en su confesión, y diariamente decía á los que le consultaban cuáles eran sus inclinaciones, su vocación, y por qué caminos quería Dios llevarlos á su eterno destino.

Un gran pecador llegó á Ars cierto día: nadie sabía cuánto tiempo hacía que no se confesaba. Vianney le suplicó con lágrimas en los ojos que cumpliera con ese cristiano deber, y él se resistía. El siervo de Dios le dijo, poniéndole la mano sobre el corazón: «Aquí hay una cosa que no va bien. ¿Cuánto tiempo hace que no os confesáis?—Cuarenta años. — Algo más, amigo mío: hace cuarenta y cuatro.»

Un empleado del camino de hierro, completamente olvidado hacia mucho tiempo de las prácticas religiosas, sintióse movido por cierta inspiración súbita

á ver y examinar por sí mismo lo que se decía del venerable Párroco. Llegó á Ars con este fin, y quedó sorprendido de todo lo que vió; se presentó al siervo de Dios, y éste le preguntó: «¿Cuánto tiempo hace que no os confesáis, amigo mío?—Tanto tiempo hace ya, señor Párroco, que, á fe mía, no recuerdo.—Reflexionad un poco, amigo mío, haced memoria...» «Hace veintiocho años, ¿no es verdad?—Veintiocho años... veintiocho años... ¡es cierto!—También es cierto que aún no habéis comulgado: sólo habéis recibido la absolución.—Verdad es.» Esta doble revelación hizo desaparecer los obstáculos que se oponían á su conversión; se confesó, y vivió en adelante como cristiano ejemplar.

Cierto famoso bandolero, después de una larga vida de crímenes, cayó enfermo con dolores crueles. Sabiendo que muchos enfermos que iban á Ars volvían curados de sus dolencias, quiso saber por sí mismo lo que había de cierto sobre este particular, y se fué á Ars: presentóse al venerable Párroco, y éste no quiso recibirle. Disgustado con tal motivo, se preparaba para regresar á su casa, cuando le asaltó la idea de volver á la iglesia. Le vió Vianney, y le llamó; le mandó confesar, y lo hizo, pero ocultando los mayores crímenes de su vida. El santo Párroco, que hasta entonces había guardado silencio, le dijo: «¿No tenéis más?—Nada más tengo, contestó el penitente.—En tal día y en tal lugar cometisteis tal crimen; en cual día este otro, etc ,» y siguió haciendo la historia de su vida mejor que pudiera hacerlo él mismo. Inútil es decir que esta misteriosa revelación le convirtió á Dios, haciendo una sincera confesión de todos sus pecados. Consiguió además la curación de su enfermura.



dad, y fué después en su país modelo de penitencia y religión.

Una huérfana de la *Providencia* había sido despedida muchas veces del confesonario sin la absolución. Como sus maestras veían que no comulgaba, se inquietaban, y le dijeron: «Os confesáis con la misma frecuencia que vuestras compañeras: ¿por qué no comulgáis como ellas? ¿Ocultáis algo al confesor? ¿Por qué no sois franca con él?» La joven se avergonzó, manifestó que ocultaba un pecado grave, y que, desde que le había cometido, no la daba el santo Párroco la absolución. La joven cobró valor, hizo una buena confesión, y recibió licencia para comulgar.

Dios da su gracia á los humildes, y resiste á los soberbios. El santo Párroco de Ars los resistía también, les cerraba su corazón; les acogía con frialdad, les hablaba poco, y no derramaba lágrimas por ellos. Muchos han experimentado ese proceder, tan diferente de su conducta ordinaria.

Recordamos una persona á quien graves reveses de fortuna, después de algunos extravíos, llevaron á Ars, y que sufría más por sus humillaciones que por los remordimientos de su conciencia. Admirábase esta mujer de no hallar en el siervo de Dios la ternura de corazón y la indulgente bondad que había oído tenía para con otros. Quejándose un día de esto, decía: «Conozco que causo horror á ese santo hombre.»—No es eso, la contestaron: hay en vos algo que le desagrada instintivamente... Humillaos, mirad vuestras desgracias con ánimo más tranquilo y menos rebelde; fijadle en vuestras faltas, haced actos de sumisión y humildad, y veréis cómo el santo Párroco

«cambia de conducta para con vos.» La altiva mujer siguió el consejo, y el buen Padre halló en su corazón tesoros de sensibilidad, de unción y de misericordia para curar las llagas de aquella desgraciada.

Hay numerosos ejemplos de pecadores á quienes el venerable Vianney ha dicho, después de su confesión: «Algo os queda que manifestar: nada me habéis dicho de tal falta... Me ocultáis que habéis engañado á vuestros confesores; que habéis estado en tal casa con tal persona; que habéis cometido tal injusticia; que os domina tal pasión, etc.» Otras veces decía simplemente: «Algo más hay: aún tenéis alguna cosa que decir.» O bien: «Se os olvida una falta.» No pasaba día en que no distinguiese entre la multitud algún pecador más culpable, más ciego, más endurecido que los demás, y en este caso le hacía aproximar, le tomaba por la mano, y le guiaba al confesonario. Las principales conversiones obradas en Ars han sido fruto de esos llamamientos directos de la misericordia de Dios.

